

NUESTRAS ENTREVISTAS

—A las diez, en el *Legaspi Landing*. Le advierto a usted que tengo la costumbre de llegar a la hora. De modo que si quiere verse con el comandante del "Elcano", tiene que esperarme allí a las diez...

Esta fué la consigna dada a mí por teléfono por el cónsul español D. Manuel de la Escosura, a primeras horas de la mañana del jueves, día siguiente al de la llegada del buque-escuela español.

Sucedió que a las diez en punto, ni un segundo menos, hallábame con el fotógrafo Wataya del *Sum*, en el desembarcadero citado. La gasolinera del velero hispano, que se distinguía por el pabellón gualdo y rojo que flameaba en la popa, evolucionando delante del muelle, me hizo confiar en que el comandante y el cónsul no tardarían en llegar.

—¿Vuelven al barco?—pregunto a los de la gasolinera.

—Esperamos al comandante que llega dentro de poco.

Al cabo de poco rato, avisté un coche, ocupado por dos oficiales uniformados. En uno de ellos distinguí al señor Cónsul y corrí a la calle para perseguirlo.

Pasó raudo delante del muelle y paró en la punta. Apéñronse el cónsul y su compañero, de barba gris y media docena de condecoraciones. Tanta prisa llevaban que no los cogí, sino cuando estaban a punto de bajar por el andamio, a la gasolinera que los esperaba abajo.

—Dos palabras, señor Cónsul...—Este se volvió hacia mí.—¿Yo soy el del teléfono!

—Ah, ya...—y me presentó a

—D. Claudio Lago de Lanzas y Díez, capitán de navío, comandante del «Juan Sebastián de Elcano».

El comandante me dió la mano pulcramente enguantada de blanco.

A través de aquellos guantes inmaculados, sentí un cordial apretón en la diestra. Más que mero apretón de manos de un español, me pareció percibir en él el fuerte «abrazo de España», de que nos habla D. Alberto Campos.

El cónsul me explicó que el comandante llevaba prisa, que iba a saludar al almirante Fener de la flota americana anclada en bahía, y no podía cruzar conmigo más que tres o cuatro palabras.

—¿Qué tal fué el viaje, comandante?

—Hermoso. Pero más hermoso fué el recibimiento que nos han tributado aquí.

—Puede usted decir—intervino el señor de la Escosura—en mi nombre y en el de estos marinos, que el vecindario de Manila tiene el alcalde que se merece, el mejor del mundo, en don Tomás Earnshaw.

—Tanta cordialidad y tantos agasajos nos confunden...

De pronto atrajeron mi atención, con la atracción irresistible del imán al hierro, las medallas y cruces que se alineaban sobre el pecho erguido del comandante, pendientes de unas barras que ostentaban todos los colores del arco iris.

—Excuse el atrevimiento, comandante; pero quisiera saber el nombre y el significado de cada una de sus condecoraciones.

Complaciente y creo que con algo más que sus buenos colores naturales asomándose al rostro, fué enumerando una tras otra, sus cruces y medallas, mientras las tateándolas como cuentas de un rosario heroico:

—Esta es Mérito Naval Roja, ésta Cruz de San Hermenegildo, ésta Medalla de Melilla, ésta Mérito Naval Blanca, ésta Mérito Naval Blanca,

ésta Medalla de África, ésta Cruz de Hierro Francesa, ésta Medalla Ecuatoriana Abdón Pereira.

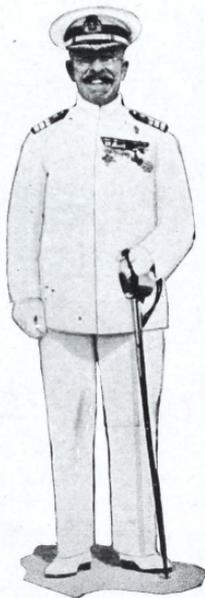
—Y ¿esa Flor de Lis, que lleva usted sobre las condecoraciones?

—Es la insignia de director del buque-escuela, que yo mando.

—¿Cuál es la que más estima usted?

—Una que no llevo en este momento: la placa de María Cristina, que yo gané, en el desembarco de Alhucemas...

—¿Cómo fué eso? ¿Sería usted tan amable para contarme el caso?—me aventure a rogarle.



D. CLAUDIO LAGO DE LANZAS Y DÍEZ

—No quiera usted saber más que lo dicho. Un marino expone todos los días su vida, en aras de la patria, en la paz como en la guerra. Que la haya yo expuesto una vez más, es la cosa más natural del mundo.

Yo quise insistir; pero el comandante se cerró en banda y

—Vuelva usted esta tarde a las dos, si quiere visitar el barco. Hoy no puede ser, porque por las mañanas no está abierto al público. Y dispense que me despida de usted, porque tengo prisa.

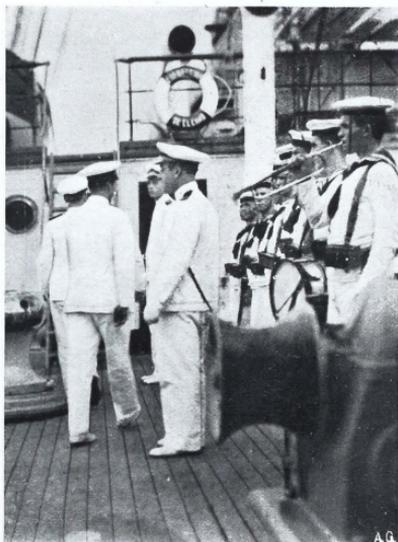
No quiso decir más. Antes de retirarse, aun me reveló que esta es la segunda vez que viene a Filipinas, habiendo estado aquí de paso por primera vez tres años atrás, en que vino al extremo oriente, como agregado a la Embajada española en Japón.

Tan rápida fué nuestra entrevista, que ni el fotógrafo que esperaba sentado en el otro extremo del muelle se enteró de ella.

Cuando a las dos de la tarde, nos plantamos a bordo del «Elcano», el comandante aun no había llegado. Nos recibió en su lugar el oficial de guardia, el teniente de navío D. Manuel Gener.

—Traigo autorización del capitán, para tomar fotografías del barco y de los cadetes. Le vi esta mañana en el muelle—le explico.

—Los cadetes están ahora ahí abajo estudiando—y me señala una claraboya, a través de la cual se divisaba desde cubierta un salón, donde efectivamente estaban reunidos los futuros oficiales de la marina real.

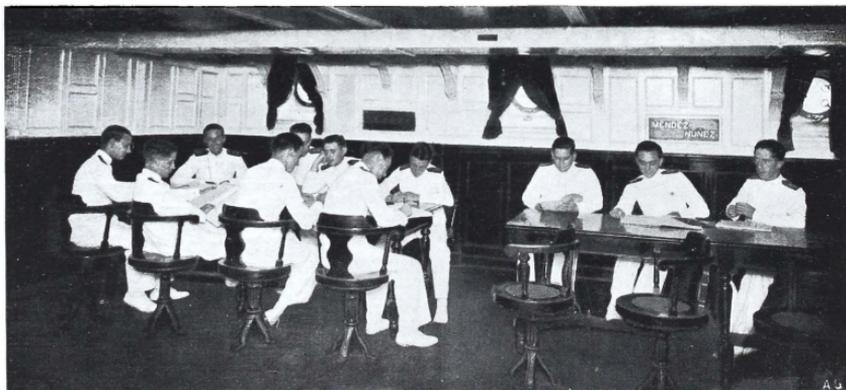


La guardia rindiendo honores al comandante del buque.

—¿No podríamos disprarles ahí mismo un fogonazo de magnesio? Es para dar a la foto mayor espontaneidad e interés...

—Hombre, no sé si convendría hacerlo; pero si usted dice que lleva autorización del comandante, creo que no habría inconveniente.

—Gracias. Entonces, ¿vamos?



Los guardias marinas, futuros oficiales de la marina real española en el salon de estudios.

—Bueno, mire usted. El comandante no debe tardar mucho. Antes de las tres está aquí. Me parece que sería mejor esperarle, ya que él fué quien le ha autorizado...

Interin, me voy enterando por el mismo oficial de guardia de que el buque-escuela está mandado por catorce oficiales, tripulado por ciento cincuenta marinos, y atendido por veintisiete cadetes, de 20 a 25 años, que están en el penúltimo año de su carrera.

Estos aprenden a la vez la teoría y práctica de las siguientes asignaturas, bajo competentes profesores; navegación, radiotelegrafía, maniobras, meteorología, etc.

Que turnan de guardia con los oficiales, y

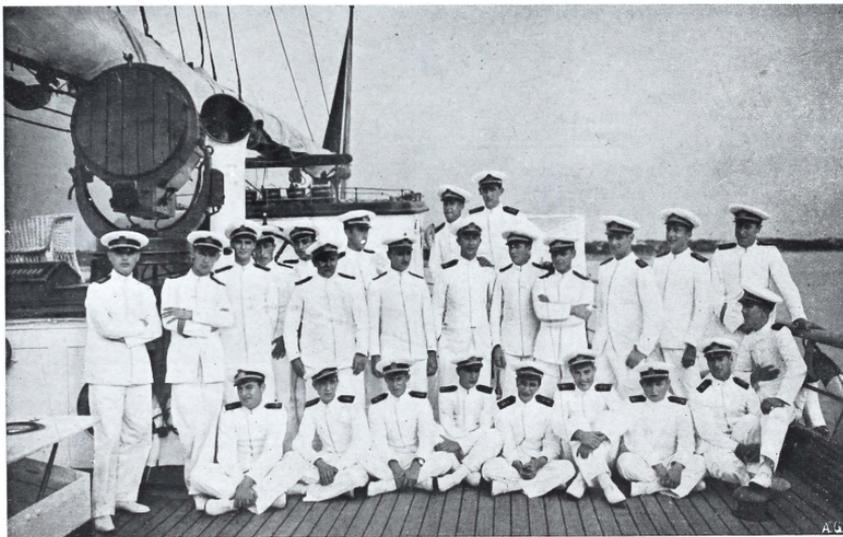
do hace tres años, expresamente para el entrenamiento de los cadetes navales, los cuales para completar sus estudios marítimos, tienen que aprender a maniobrar velas como a identificarse con los últimos adelantos de la marina de guerra.

* * *

Media docena de marinos formó fila delante de la escala. El tambor y el corneta se colocaron en un extremo de la fila. Un ordenanza, que pasó por mi lado, me dijo al oído:

—¡El comandante, a la vista!

El primer oficial se plantó en el peldaño superior de la escalera. Dos o tres oficiales subalternos se cuadraron detrás de él.



Grupo de los simpáticos guardias marinas del buque-escuela.

que aun cuando están en un puerto, siguen un plan de estricto entrenamiento naval, no pudiendo ausentarse más que de 6:30 a 10:30 de la noche. En Manila, debido a los muchos agasajos de que son objeto, este permiso se ha adelantado en dos horas, permitiéndoseles bajar a tierra desde las 4:30 p. m.

Que alternando con las horas de estudio y de maniobras tienen estas horas de asueto y de gimnasia sueca; que, en fin, aunque el barco parece antiguo, por ser velero, sólo se ha constru-

Al toque de la corneta, ascendió D. Claudio Lago de Lanzas y Diez seguido de siete u ocho oficiales, todos con la diestra cruzada sobre la reluciente gorra marina.

Enterado el comandante de nuestra presencia y de nuestra misión accedió a todo.

—Quisiéramos un grupo de los cadetes, o mejor dos grupos, uno en cada mesa, bajo cubierta, mientras están estudiando.

—Bueno, vengan ustedes...—nos guió el primer oficial.

Brillaron dos fogonazos de magnesio, se pobló el salón de un blanco humo irrespirable, que nos obligó a escapar a todos arriba.

—Ahora, quisiéramos sacar un grupo general de los cadetes sobre la toldilla.

—Bueno, como ustedes quieran...—y don Manuel volvió a guiarnos complaciente a la toldilla, con los cadetes por delante.

Después de ponerse a las órdenes del fotógrafo, me acerqué al que llamaban *Brigadier*, como en nuestros tiempos de colegial, y que se distinguía de los demás por los galones que llevaba en la manga derecha, y sostuve con él el siguiente diálogo:

—¿Cuántas canitas al aire ya?

—Anoche, la primera noche que pasamos en Manila, tuve la desgracia de estar de guardia. Esta noche me toca salir. Vamos a ver, lo que la suerte me depara...

—¿Ha sido muy divertido el viaje?

—Espero que lo sea en adelante. Especialmente aquí. Antes de llegar, viniendo de Cádiz y pasando por el Canal de Suez, en catorce meses de viaje, sólo nos festejaron con un baile en Alejandría, ofrecido por el cónsul español y la colonia internacional. Aquí, sólo sentimos que no tengamos más cuerpo y más días de estancia para poder multiplicarnos y dividirnos entre tantos agasajos, que se nos tributan. Después de un viaje tan largo y tan prosaico, aquí nos encontramos como en el propio paraíso, créame usted...

Poco a poco fué formándose alrededor nuestro un corrillo alegre y decidor de cadetes, en que preguntaban y contestaban todos a la vez.

La aparición de un oficial puso punto final a la entrevista:

—Ea, muchachos. ¡Abajo todo el mundo!—Y como si quisiese dorar algo la pildora, añadió:

—A las cuatro y media, todos en tierra, con lo mejorcito que lleveis encima. Digo, excepto aquéllos que se queden de guardia...

JUANITO.

NO
SE
MUERA
SIN VERME
ANTES

CARL HESS, JR.

REPRESENTANTE DE
MANUFACTURER'S LIFE INSURANCE CO.
508 MASONIC TEMPLE 508
P. O. BOX 721 TEL. 2-23-95



NEKO
EL
GENUINO JABON
GERMICIDA 8



UNA PROTECCION PARA SUS NIÑOS

Use un jabón que destruya los gérmenes... use NEKO, el genuino Jabón Germicida y conserve el cutis de los niños sano y libre de gérmenes. Alivia la comezón, las erupciones, el líquen y las picaduras de insectos. Usando NEKO al 1% para el baño de los niños será su mejor protección.

PARKE, DAVIS & COMPAÑIA
Detroit & New York, E. U. A.